

Siento tanta solidaridad por todo lo que está vivo  
que me es indiferente saber dónde empieza  
y dónde acaba el individuo.

ALBERT EINSTEIN

Los tiempos cambian y nosotros cambiamos con ellos.

PROVERBIO LATINO



Los seres humanos de nuestra época, al igual que sus antepasados prehistóricos, sueñan por la noche con librar luchas épicas contra los animales.

Lo que murmuran entre las sábanas no son secretos, sino amenazas que musitan pegados a las jabalinas, conjuros para guardar las fuerzas frente al enemigo. Cuando extienden el brazo, no es para estrechar el cuerpo que dormita a su lado: pelean contra lobos y osos, se protegen del viento o recorren un camino en plena tormenta. Cada cual se sume a oscuras en una lucha a muerte contra las fuerzas de la naturaleza, y esa lucha no tiene fin.

Para que la especie sobreviva en sueños, habrá que volver a tiempos más salvajes.



*Diluvium*



NADA PRESAGIABA, A UNOS KILÓMETROS de Shivering Heights, ese tiempo de fin del mundo: cielo plumizo, sombrío, cortinas de bruma lamiendo los faros de los coches. Hasta donde le alcanza la vista a Agnès, jirones blancos y vaporosos languidecen contra el suelo. Como si tuvieran hambre, piensa, mientras los observa por el retrovisor. El coche avanza tenaz, sin reducir la velocidad, pero las nubes se cierran a su paso, intactas.

Por seguirlos con la mirada un instante está a punto de no ver el letrero que indica la entrada al balneario nórdico. Ya le habían advertido de que se ocultaba en el bosque y de que apenas se distinguía desde la carretera. Da un volantazo temiendo hundir el frontal del coche en la maraña de árboles pero, con las uñas clavadas en el cuero del volante, se detiene en mitad de un vasto claro de grava salpicado de hierbas amarillas.

Solo hay un coche aparcado. Los rollos que forma la bruma acarician la carrocería, remontan el aparcamiento

hasta el edificio de recepción y luego descienden la pronunciada pendiente del lugar, al pie de las montañas.

El espesor de la niebla devora las manos de Agnès mientras saca el equipaje del maletero. Se puso en camino directamente al salir del trabajo y lamenta no haberse puesto una ropa más cómoda. Los finos tacones de sus zapatos se hunden en el suelo, donde las hojas han empezado a caer y a descomponerse como consecuencia de las continuas lluvias. Alrededor, el bosque no es más que un imbricado de agujas y madera mojada. Si se aguza el oído, puede oírse el murmullo combativo y constante del río que se encuentra más abajo.

El frío se arrastra bajo su ropa, su piel, se desliza hasta su cráneo.

Su teléfono vibra dentro del bolsillo del impermeable. En la oficina no saben vivir sin ella, como ella sin la oficina, y se obliga a apagar el aparato.

Se aferra a la maleta para evitar que le tiemble la mano e inspira como le ha enseñado el psicólogo: imaginando que una gran corriente de libertad le barre por dentro.

En el vestíbulo, dos mujeres discuten violentamente. Tras ellas hay unos ventanales inmensos similares a las paredes de un acuario que se abren al mundo engrandecido del bosque. Entre las nubes unas veces surgen cabañas de madera y otras, piscinas de un azul sobrenatural. El paisaje, poseído por la bruma y las sombras, destila un encanto lúgubre. Sin embargo, las dos mujeres no le prestan ninguna atención. La mayor afirma que no hay nada que hacer: el balneario

está cerrado por alerta de lluvias torrenciales. La que tiene la voz ronca, de espaldas, insiste en quedarse. Le brillan las manos de una manera extraña cuando las mueve en el clarooscuro, como si las cubriera una película acuática o como si la piel, tan fina y pálida, dejase pasar un hilo de luz.

Al percatarse de la presencia de la recién llegada, las dos mujeres callan. Después, el rostro de la cliente obstinada se ilumina.

—¡Como puede ver, nadie ha recibido su mensaje!

La dueña no da su brazo a torcer. La víspera avisó de la cancelación a todos los clientes.

—Pero estamos aquí. Y no vamos a aplazar las vacaciones, ¿verdad? —pregunta la joven guiñando un ojo a su nueva aliada.

Desconcertada, Agnès observa detenidamente ese rostro desconocido que está frente a ella. Todo es joven, nítido, simétrico, excepto los dientes: puntiagudos y descoloridos, mal colocados en la sonrisa. Los ojos son redondos, saltones. Nada parece ocultarse bajo esa piel lisa salpicada de pecas en la que resbalan las gotas de agua como si condensara el vapor del exterior.

—Estoy demasiado cansada como para hacer otro viaje —confirma Agnès.

—¿Lo ve? Mire, si el río se desborda nos iremos, se lo juro.

La joven arrebató las llaves a la dueña y toma del brazo a su cómplice, como si ya se conocieran. Agnès se fija en sus ojos, resplandecientes y poco profundos a la vez, dos charcos que reflejan fuegos artificiales.

En Shivering Heights el agua y el cielo son una incógnita. La lluvia cae a menudo. Hay días en que se presenta como unas perlas perfectas o es afilada como un cuchillo: entonces es lo único que se ve y que se oye, la materia-lluvia de la que es imposible escapar. Da cierta paz vivir en medio de este aguacero precioso y violento a la vez. Otros días, la tromba de agua se erige en un velo sutil sobre los bosques, las cumbres rocosas, los picos, los hocicos y las garras. En esos casos, el río consigue doblegarla, forzarla a unirse a él, abatir su delicadeza invasora.

En cuanto Agnès y Heather, la joven obstinada, se meten por primera vez en las humeantes piscinas del balneario nórdico, el aire empieza a mutar en lluvia. Todo a su alrededor, en las montañas, en las ramas de los árboles, agazapado en las madrigueras, se prepara para el temporal. Ambas mujeres se limitan a observar cómo la niebla se contorsiona ante sus ojos, escondiendo y mostrando fragmentos del paisaje.

—Me encanta el agua —afirma súbitamente Heather.

A pesar de lo inútil del gesto, mueve los brazos como si fueran aletas para quedarse en su sitio.

—Ya verás: el balneario nos va a transformar —añade con voz áspera.

Sumergida en un agua azul turquesa en medio de las montañas, Agnès no se siente muy diferente de esa persona en la que se ha convertido tras la mesa del despacho: paralizada, atontada. Inspira para capturar ese momento y retenerlo como a un prisionero en sus pulmones, en su vientre, pero parece disiparse constantemente.

—¿Eres de por aquí? —pregunta finalmente.

—A decir verdad, no. ¿Y tú?

—Necesitaba alejarme de mi trabajo.

Una risita brota entre la niebla.

—Qué oportuno, aquí estamos lejos de todo.

La voz de Heather varía de una forma extraña del grave al agudo, pero a ella no parece preocuparle y mete la cabeza bajo el agua.

El candor de la joven desconcierta a Agnès. Sus gestos y su carácter emanan levedad mientras se hunde más en el agua, emerge y se desplaza de un lado a otro de la piscina con la soltura de una sirena. Quizá ese comportamiento no le parecería tan extraño si no estuviera tan agotada tras una larga reestructuración en su empresa. Durante los últimos meses ha tenido que despedir a tantos empleados que los llantos y los gritos se han convertido en algo más familiar que la alegría beata, casi inquietante, que se desprende de la bañista que está a su lado.

En realidad, Agnès no necesita pasar una semana en un balneario, sino mil años de abluciones para desprenderse de las preocupaciones que llenan de mugre su cuerpo. Sus músculos, que se hunden cada vez más en el agua hirviendo, siguen rígidos. Alrededor de su torso y de sus brazos las burbujas nacen y mueren dejando una estela de espuma gorgoteante. Provocan que un vapor caliente le alcance el rostro. Le gustaría llenarse de vacío, pero cada vez respira menos aire y más agua. Su piel rezuma una mezcla de sudor y vapor.

Se levanta para ir a la cabaña de madera donde se ha instalado, y Heather, resuelta a relacionarse con ella, la sigue. En Shivering Heights, dos siluetas que tiritan en bañador de licra y sandalias pronto atravesarán inmensas nubes de bruma. Caminan a ciegas, tan solas y tan pequeñas en comparación con el bosque, las montañas, el río o el abismo que derrama el cielo, de donde sale toda esa humareda.

Pasan el siguiente día sumergiéndose en un tipo de agua, luego en otro, sudando y tiritando alternativamente para deshacerse de la piel muerta. La dueña, sin más clientes a los que recibir, las desatiende hasta desaparecer por completo. Heather siente curiosidad por todo y se sumerge en todas las piscinas, prueba el hamán y la sauna seca. Al principio Agnès está nerviosa pero luego, según pasan las horas, aprende a quedarse inmóvil. Al igual que las garzas que se posan de vez en cuando en los balnearios de Shivering Heights o las percas americanas que nadan en el río, ella bebe, come y espera, mojada, a que pase el día. Sus músculos se relajan. Su respiración se ralentiza.

La lluvia diluye poco a poco las fronteras entre el balneario y el bosque. A mediodía, surcos de tierra provenientes del sotobosque despliegan sus tentáculos negros en las piscinas limítrofes. Heather aprovecha esa cortina de agua para quitarse la parte superior del biquini y lanzarlo por los aires. Nada con destreza, sin reparo, pero la manera en que surge del agua parece estudiada. Con los hombros echados hacia atrás, el agua que la cubre destaca

el contraste entre su cuerpo musculoso y la redondez de sus senos.

—Déjate llevar, Agnès. No hay nadie.

Levanta los brazos para recogerse el pelo en un moño. A pecho descubierto, con los labios entreabiertos enseñando sus dientecitos puntiagudos, clava unos ojos separados en los de su compañera de estancia, que aparta la mirada.

En Shivering Heights, la humedad altera la visión y destila, gota a gota, un olor amargo. Agnès desata con recelo los cordones del bañador y vuelve a sumergirse de inmediato en posición de braza. La extraña desenvoltura de la joven la seduce tanto como la perturba.

—Tienes un cuerpo magnífico —escucha a través del murmullo acuático.

A Agnès le gustaría permanecer impasible ante la piel moteada de Heather, tan elástica que marca la musculatura y los huesos, ante su vientre atlético, donde brilla la línea fina de una cicatriz. Sin embargo, un estremecimiento le recorre las piernas y los brazos. El agua fría parece rebosar súbitamente de una presencia invasora y tiene la sensación de que ese decorado va a desvelar otro, aún más oscuro, que se oculta detrás.

Coge una toalla y se dirige hacia una yurta apartada, apenas visible entre los árboles. Con el rabillo del ojo ve a Heather moverse dentro del agua y liberarse de la última mota de color que la braguita marcaba en su carne.

Dicen que la mente conserva la calma cuando está ocupada, incluso con las cosas más insignificantes. Al menos

eso es lo que piensa el psicólogo de Agnès, y la razón por la que reservó esa estancia en el balneario. Tumbada en una hamaca que ha cerrado como un caparazón, acosada por la humedad asfixiante, se concentra en el fuego que crepita en medio de la habitación; en los chillidos lejanos de Heather cada vez que se enfrenta a la temperatura demasiado caliente de las bañeras o a la demasiado fría del río; en los puntos luminosos que aparecen en el reverso de sus párpados cuando cierra los ojos.

Al cabo de unos minutos la vence el sopor.

En sueños ve una bruma donde se dibuja el contorno de unos animales imprecisos, un bosque de siluetas que se rozan dando vueltas por el lugar. Ciervos. Zorros. Criaturas alargadas que no son culebras del todo ni gusanos del todo, salen de esa masa vaporosa y escapan hasta el agua. Las ve amontonarse y formar un amasijo bullicioso, un nido de víboras flotante que se convierte en una mujer cuya piel pálida transparenta los huesos, las venas, la sangre que gira por el cuerpo. Un ser en infrarrojos que abre una boca enorme y muestra su cráneo. Agnès siente que ese gran agujero tira de ella, que no puede luchar contra la fuerza de atracción de esa mandíbula inmensa como una cloaca, y mientras abre los ojos como platos y mueve los brazos sin encontrar apoyo en una oscuridad cada vez mayor, piensa: «Así es realmente esta chica».

La sacude un sobresalto y se despierta.

Encima de ella, las grietas y las manchas de humedad han roído el techo. Cuando se levanta de la hamaca, el

humo del fuego la hace toser. Pasa los dedos por la tela: todos los materiales que hay son ásperos.

Por la ventana ve a Heather canturrear sola, cubrirse los hombros con una toalla y ponerse las chanclas.

Las lluvias se han confabulado sobre sus cabezas.

Esa noche, Heather prepara unos platos con ingredientes que parece haber recogido del propio balneario: raíces, bayas, hierbas aromáticas. En la única mesa que está puesta en el comedor coloca un guiso hecho con setas oreja de Judas, una sopa de un sabor terroso algo ácido y unos pececillos enteros con la cabeza ennegrecida por el fuego que empieza a devorar con apetito. Firmemente decidida a relajarse, Agnès se sienta a la mesa mientras espanta sus pensamientos de un manotazo. Se ha vestido con calma y ha llamado a su asistente antes de volver a apagar el teléfono, de una vez por todas, se ha dicho decidida. Ahora que ya ha solucionado algunos asuntos, podrá relajarse. Le parece que el descanso le permite ver con claridad, incluso si la forma del mundo se difumina más que nunca con esas cortinas de lluvia.

—Bueno, ¿qué tal va la transformación? —pregunta Heather.

En su pálido rostro se dibuja una media sonrisa.

—Estoy absolutamente tranquila —miente Agnès.

—Muy bien. ¡Hay que celebrarlo! —replica Heather mientras se agacha bajo la mesa.

Reaparece con una botella de tinto, que descorcha. Bebe a morro antes de ofrecérsela a Agnès.

En Shivering Heights, entre cuatro paredes embestidas por la lluvia y el viento, encaramada en las alturas, con las cornejas y las nubes, una mujer se echa a reír mientras otra decide relajar los hombros y mojarse los labios en un vino agrio. Agnès lamenta haber sido tan desconfiada. Quizá solo esté demasiado cansada como para creer en la inocencia de Heather, en la autenticidad de su entusiasmo. Bajo ese pelo empapado, tras esa piel salpicada de pecas, sin duda revolotea una felicidad ingenua.

Si hubiera tenido un poco del carácter de Heather, quizá la reestructuración habría ido mejor. Puede que ese episodio no la hubiera marcado igual, tal vez no habría acumulado tanto cansancio.

—Ya estás cambiando —murmura Heather limpiándose la boca con una mano reluciente—. Has entendido que no hay que preocuparse de nada.

La incipiente confianza que Agnès estaba dispuesta a otorgarle a su compañera de mesa se tambalea de golpe. Heather se inclina hacia delante. Su cuello emana los efluvios del barro y el cloro mezclados, un olor a piel sucia. Fuera ya no se distingue nada, solo una amalgama de materia: aire, agua y madera revueltas en la tempestad.

—Estás lista para el fin del mundo —dice la joven solemnemente.

La lluvia, cada vez más intensa, golpea las ventanas con la furia de pájaros desorientados. Los extraños ojos de Heather, semejantes a dos pantanos al borde de su cara, no parpadean.

A Agnès se le acelera el corazón.